

INTRODUCCIÓN

La legitimidad del conocimiento histórico —la necesidad que justifica el inmenso esfuerzo y lo salva de ser la satisfacción de una banal necesidad— no puede residir sino en el hecho de que la vida humana sea de tal modo que necesite extraer de la historia, de las cosas pasadas, su sentido; transformar el acontecimiento en libertad. [...] Pues el tiempo real de la vida no es el que se hunde en la arena de los relojes, ni el que palidece en la memoria, sino el que contiene ese tesoro: las raíces de nuestra propia vida de hoy.

María Zambrano. *El hombre y lo divino*.

Si bien, de todos modos, tarde o temprano requiero a todo escritor un sencillo y sincero relato de su vida, y no únicamente lo que ha averiguado de la vida de los demás.

E.D. Thoreau. *Walden*

En algún lugar del ancho mundo del que no puedo ahora acordarme, si se permite la expresión, me encontraría yo aquel día de 1999 cuando las veleidosas páginas de los periódicos reflejaron la noticia de la aparición de una biblioteca andalusí en Tombuctú, Malí. Viajar, viajo todo lo que puedo, que no es mucho la verdad. De volar por trabajo sí que no paro, por eso, fuera de casa, no me enteré de la noticia. El vuelo en avión, viaje moderno, transcurre tan rápido que no lo considero viajar. No es la velocidad lo que hace el viaje ni el espacio recorrido. Antaño fue preciso salvar bosques, atravesar cordilleras, navegar tormentas y cruzar desiertos, ahora nos movemos en todoterreno. Puedes alcanzar cuatro mil kilómetros en quince días pero eso tampoco te asegura el viaje. El viaje es un proceso mental en el cual nuestro cerebro de continuo se entretiene y sorprende encontrando alicientes y motivando la perpetuación de tal estado, el del viajero. Esta persona adicta al viaje, tanto el que realiza su trayectoria por medio de sustancias enteogénicas como quien se pone realmente en marcha, se caracteriza porque es capaz de conocer. Viajar, como vivir, es hacer camino y solo se hace camino si uno avanza y se detiene, siendo este segundo requisito tan imprescindible como el primero. Durante milenios viajar fue lanzarse a la aventura, con el pasar de los tiempos comenzó a convertirse en algo literario. No solo los marinos, sino los mercaderes de a bordo, se prodigaron escribiendo viajes a causa de la ventaja estratégica que proporcionó obtener información y productos de tierras lejanas y por la curiosidad que despiertan las costumbres ajenas. Los mejores viajeros fueron por esta razón buenos lectores, a quienes más les cundía y mejor podían relatar un viaje ya que, puestos a transmitir su vivencia, podían mutar en escritores. Nunca gusta que termine una buena lectura. Por eso la literatura es la primera y más barata forma de viajar y la lectura el marco de nuestros más elementales viajes. Todos podemos recordar bien aquellas conmovedoras lecturas de juventud, el poder abductor del lenguaje mientras escuchábamos relatos por boca de nuestros padres. Es tal la inmersión lograda al leer que incluso nos sentimos físicamente transportados, pues la inmediatez de la experiencia intelectual resulta

imprescindible para lograr nuestro objetivo tanto en las páginas como sobre el terreno: el viaje. Viajar requiere implicarse, parar, conversar. Es difícil tener la sensación de haber viajado cuando todo queda organizado y nos limitamos a visitar un lugar donde tal vez hayamos pasado unos días de playa y visitado muchos museos y monumentos. Y, desde luego, la velocidad y el vuelo son enemigos del viaje. Sirven, como mucho, para transportarnos al lugar donde comienza el viaje, cuando debes moverte a paso de rucio.

Ahora bien, hace ya tiempo se puso de moda viajar novela en mano en busca Troya y Tartessos sin imaginar los inconvenientes que podría ocasionar el tratar de entender el pasado imaginando hechos y civilizaciones a partir del romance. Notables siguen siendo las energías perdidas al utilizar el texto sagrado, no de material teológico, sino de libro de Historia. Parece inexcusable recordar la enorme e inexplicable potencia de la literatura oral y escrita, capaz de mover en busca del Grial aun a día de hoy. Hasta el siglo XIX el texto historiográfico estuvo ligado a estructuras narrativas redactadas al gusto del consumidor. Admitimos que la historia la escribieron los vencedores. Entonces, con el despertar de las ciencias y el marxismo los historiadores trataron de revestir su oficio de una pretendida neutralidad científica fundada en presupuestos establecidos y verdades inamovibles de alcance universal. El trabajo sobre el pasado, la Historia, debería estar respaldado por un aparato crítico mostrado a través de gráficos, estadísticas de los procesos sociales y análisis de los sistemas de explotación de la fuerza laboral. Pero, hete aquí que, cien años más tarde, nos encontramos con mostradores repletos de novela histórica en evolución trimestral. La ficción literaria vuelve a tomar la iniciativa como vehículo hacia el pasado, convertida en el producto por excelencia de la industria editorial. No quisiera despotricar aquí contra el género que, de la pluma de autores como Mújica Lainez, Graves y Yourcenar, nos proporcionó tantas obras maestras, sino advertir de los peligros que acechan cuando diluimos la ficción en la materia propiamente histórica sin cuestionar la lectura del pasado que nos condujo a la general impostura en que vivimos. La cuestión, a la hora de elegir género, no estará en el reparo a incurrir en la creación literaria más o menos inspirada, esto se da por descontado una vez rechazada la supuesta higiene de la pluma neutral. En los prolegómenos de su magna obra el maestro González Ferrín asegura que el historiador interpreta y crea tanto como el novelista. La Historia, dice, es tan solo el arte de contar lo ocurrido en el pasado siguiendo las propias entendederas. Sin embargo, frente a los crudos sucesos de actualidad y tras desbrozar a machetazos la Historia, nadie hoy nos podría apartar de la consabida contundencia de lo que llamamos realidad. A nuestro entender los hechos siempre superarán la ficción. Por mucho que forcemos el ingenio, siempre lo ocurrido se nos presentará más fecundo, impactante y esclarecedor. Planteado un arco temporal de sesenta mil años de historia humana o tal vez una novela de trece siglos sobre los descendientes del rey Vitiza, que me confieso incapaz siquiera de imaginar, la narración histórica se impuso por tanto, sin posibilidad de duda, sobre cualquier otro tipo de género. Tomada pues la estrategia, el embate exigió, ante todo, discernir entre la opinión y el dato y, en consecuencia, descartar el “pie de la letra” de cuanto hemos recibido por escrito para intentar construir cabalmente por medio de la deducción y la lógica, evitando lugares comunes y prejuicios establecidos a partir de los presupuestos culturales de cada cual. Aclaremos ya desde el inicio utilizando un argumento del arabista: por mucho que nos esforcemos, dice, la identidad común que aquí y allí perseguimos construyendo Historia no la encontraremos en un código genético adscrito a la nación y la religión con que tratamos de identificarnos desde tiempos inmemoriales. El integrista se impone en todas las fronteras, pero el hecho histórico y social no puede quedar supeditado al hecho religioso. Por supuesto, nada hay naturalmente católico entre españoles como tampoco existe una naturaleza musulmana o pagana entre los africanos aunque los medios traten de simplificarlos la cuestión. Tras haber recorrido diferentes latitudes no conseguimos identificar al terrorista con el musulmán, ni siquiera con el irlandés ni el vasco. Con gracia

singular, González Ferrín rehusará incluir en el mismo saco a Ben Laden, Averroes, Zidane, Omar Sharif y Benazhir Bhutto, al igual que encontrará inaceptable reunir a Che Guevara, Galileo, Ronaldinho, John Wayne y Margaret Thatcher, por mucho que compartan creencias.

Debo excusarme por haber repetido tan sonora y conocida frase de inicio, rescatada por varios motivos. El primero de ellos en homenaje, pues comencé a escribir este libro en el año del IV centenario de la universal novela hispana. El segundo porque, al igual que la peripecia del triste caballero, que las andanzas de Odiseo y Eneas, que las obras maestras del viaje africano, esta también es una obra de historia y viajes con abundantes libros de viaje en su interior. Comienza con una etapa preliminar situada en Málaga en la que se exponen las circunstancias que nos empujaron a viajar hacia un lugar que entonces nos pareció remoto. En aquellos instantes, aun antes de partir, la pura curiosidad provocó un inusitado interés por la Historia de África, de manera que decidí zambullirme en cuestiones hasta entonces desconocidas llegando a quedar completamente descolocado y, más adelante, deslumbrado y enfadado, pues siempre resulta enojante adquirir conciencia del engaño encubierto que nos tienden las ideologías. Una vez en las rutas de Malí comenzará la exposición de la materia pertinente, propiamente dicha, elaborada a consecuencia de haber conocido al propietario de Fondo Kati, visitado Tombuctú y haberme comprometido conmigo mismo y con la biblioteca en este proyecto. Una enorme acumulación de materiales, reunidos a partir de los estudios africanistas y expuesta en sucesivas jornadas viajeras, nos conducirá a un único objetivo, el destino final y propósito tanto del libro como del viaje: la casa de Ismael Haidara en Tombuctú.

El grueso del trabajo incluye amplias materias y varios itinerarios por el tiempo y la Historia. En primer lugar encontramos una exposición diacrónica que abarca, al completo pero sin pretensiones de exhaustividad, toda la Historia de la humanidad en África, es decir, los mencionados sesenta mil años. En el interior de ese extenso recorrido sobre la materia susceptible de hacer historia aparecen algunos temas predilectos, como puede ser la arqueología, la historia de la navegación y el comercio de los pueblos y su arquitectura, la evolución de las creencias religiosas, el análisis de estructuras políticas y económicas, la sociología de poblaciones, la representación cartográfica, la identificación de culturas africanas a través de su manifestación artística, la reproducción de mitos, fábulas y leyendas, y muchos otros que irán descubriendo. Revistiendo los múltiples lados de este prisma acertamos a leer un viaje literario personal por el camino que llevaron mis estudios y averiguaciones, por las lecturas que guiaron mi recorrido intelectual a modo del *making of* ofrecido por las productoras. Presento también, como digo, un viaje por el espacio a lo largo de los interminables senderos de África Occidental hasta alcanzar la mítica ciudad de Tombuctú, que incluso podría resultar atractiva guía para futuros viajeros. De esta forma, este compendio enciclopédico podría leerse, como la *Rayuela*, a través de diversos itinerarios, de hecho cada lector habrá de optar por sus fragmentos preferidos, haciendo lectura rápida sobre lo que considere árido e insufrible. Todos son temas propios elegidos y contruidos al gusto del autor; sin embargo ninguno de ellos resulta central ni importante. Casi diluido entre el maremagno, el verdadero asunto relevante en este libro será otra historia, otro viaje: el que realizó una biblioteca a través de cinco siglos hasta hoy de la mano de la estirpe que la custodió. Se trata de una auténtica saga de personajes ilustrados con orígenes visigodos que termina, mil trescientos años más tarde, convertida en una familia de Tombuctú en el siglo XXI. Esto es precisamente lo que he decidido dar a conocer, revistiéndolo del equipaje necesario, la historia del fondo documental y no su contenido mismo. Sin duda, quien busque en esta obra una exposición del contenido de los manuscritos no encontrará sino la decepción, pues tras haberlos palpado en repetidas ocasiones el desconocimiento del árabe me cierra la esencial premisa exigida para su acceso. A la espera de posibles ediciones traducidas, el contenido queda reservado a quienes dominen la lengua árabe y el sonray. José Ángel Valente, el desaparecido poeta gallego con

papel central en estas páginas, dijo que la escritura sería un acto de comunicación con el consabido emisor, medio, ruido y receptor. Aunque para él, más substancial, escribir era un acto de conocimiento. Un arduo camino por el que una persona en soledad mira el interior de sí misma, observando, entendiendo y aprendiendo. Los largos años que he pasado estudiando y volcado frente al ordenador desaparecido de vosotros, mis amistades, han significado exactamente eso, un camino de conocimiento no solo de lo que aprendí en los libros sino en mis adentros. Un ahondar en las yagas que trazan las ideas en la memoria personal y colectiva, para pelar las capas de una identidad rampante anclada en cimientos del pasado luchando por surgir.

La culminación de la exposición histórica y del viaje se encuentra, como decimos, en el último capítulo dedicado en exclusiva a Tombuctú, la biblioteca Fondo Kati y su actual propietario Ismael Diadié Haidara, pues sería imposible comprender su vida, casa, familia y personalidad, la situación actual de Tombuctú, la especial relevancia de la colección de manuscritos, sin ofrecer previamente una mínima idea de la Historia de África Occidental. Engañaría si hiciera creer que Ismael me ofreció, durante aquellos días de invitación, un esbozo de su experiencia vital de la infancia a la madurez de forma ordenada. La disposición arreglada de los sucesos que conforman una biografía en las páginas finales no será más que la ulterior elaboración de los cuadernos de notas completados durante las conversaciones en el despacho y de mis impresiones y recuerdos anotados al anochecer en la privacidad de nuestra sala de moqueta azul. De la misma forma, el viaje a lo largo de Malí no será más que la ficción aglutinada de varias visitas. Siempre modelamos los recuerdos.

Llevo varios años al tanto de este asunto de la biblioteca y mis conversaciones y encuentros al respecto, lo puedo asegurar, han sido variadísimos y constantes. Cuando el tema surge entre amigos suelo hacer un breve resumen y, generalmente, resulta habitual que entre los contertulios se susciten comentarios interesantes por mención u omisión. Quiero decir, por algo que sorprende, que se ignora o tal vez sea bien conocido por el interlocutor. Así fui poco a poco cobrando idea de aquello que sería imprescindible narrar y de cómo habría que hacerlo. He comprendido que, en definitiva, para entender cabalmente el significado de la reunificación de la biblioteca Fondo Kati será preciso manejar una información en general inexistente en Occidente por motivos concretos. Me refiero a la absoluta ignorancia acerca de las culturas y la historia de África Negra, de civilizaciones cuya propia existencia fue negada durante siglos por razones de etnocentrismo. Todo cuanto nos contaron sobre los africanos fue extraído del texto bíblico durante siglos en que la religión funcionó como único pegamento de la realidad en el mundo occidental. Los hombres negros no fueron más que descendientes malditos de Kam, el hijo negro de Noé, condenados eternamente a la esclavitud y el calor de las regiones del sur. Algo más recientemente, desde el auge del imperialismo europeo y la imposición de los esquemas ilustrados, los africanos fueron transformados en gente inocente viviendo en tribu e incluso en primitivos sangrientos tan renuentes a la civilización como para oponerse a la indulgente colonización del hombre blanco. No debe sorprendernos que, durante la etapa colonial, obcecados en la apropiación de los recursos ajenos nadie en Occidente alertó contra la aparente contradicción que suponía conquistar, explotar y azotar a los “felices e inocentes salvajes” descritos por Rousseau. Me encontré enredado en tantos equívocos y mentiras, que me pareció necesario escribir la Historia de nuevo.

El objetivo del libro es, como ha quedado expuesto, dar completa y comprensible noticia de la sorprendente historia de la biblioteca llamada Fondo Kati, hoy de nuevo bajo amenaza, así como sacar partido de lo que nos pueda enseñar su existencia, facilitando un punto de partida para profundizar en los temas apuntados. Puesto que el tratado histórico puede resultar arduo, la primera decisión tomada antes de sentarme fue elegir un lenguaje y una intención divulgativa al alcance de lectores no especializados africanos y españoles. Por consiguiente, es tan seguro que historiadores, arabistas y africanistas, no hallarán material

novedoso como que ambos grupos de lectores encontrarán cierta redundancia en los datos referentes al ámbito de su propia cultura. Debo advertirles antes de nada que no sostienen en la mano la obra de un experto sino en cualquier caso la de un curioso, un lector, un estudiante. Mi trabajo ha consistido en leer, ordenar, despejar, digerir y contar aquello que he tomado de los especialistas de la mejor forma que puedo hacerlo, esclareciendo y reuniendo cuanta información disponible circula acerca de Fondo Kati. Por otro lado he evitado, a causa del carácter divulgativo y para facilitar la accesibilidad, la inclusión de notas a pie de página, eliminando o en su caso suministrando esta información en el propio texto. Por este mismo motivo omito igualmente el complejo aparato crítico propio de la erudición universitaria, inservible del todo para la persona que tuve en mente mientras escribía. Para obtener esa información suplementaria debemos acudir a la bibliografía, donde incluyo en exclusiva los textos manejados descartando aquellos que fueron tan solo mencionados. Puesto que no soy sociólogo ni antropólogo, ni historiador ni arqueólogo, los temas tratados por el sistema de elección arbitraria de textos no están, en ningún caso, desarrollados en profundidad ni siquiera en el terreno de la lingüística, más cercano a mi formación. No erraremos pues, en consecuencia, en el momento de atribuir mérito, en el caso de que lo hubiera, si lo depositamos en exclusiva sobre el trabajo de los eminentes especialistas de quienes he tomado mis apuntes.

Pero, en los coloquios amistosos, resultó complicado elegir en concreto el momento por dónde comenzar a contar esta historia de Fondo Kati. Mencionar la biblioteca es hablar de sucesos que se remontan a los últimos años de convivencia pacífica entre católicos y mudéjares en el reino de Castilla, es referirse a las diferentes monarquías del río Níger, conocer la aparición de un imperio musulmán en el siglo XV más grande que ningún otro en aquel momento. Si pretendiéramos identificar la estirpe que llevó a cabo la proeza de conservar los manuscritos durante cinco siglos estamos obligados a retroceder hasta los tiempos de la llegada del islam a la península ibérica y presentar los reyes visigodos. Si, por el contrario, quisiéramos comenzar por Tombuctú, tendríamos que explicar al menos la Historia de África Occidental y situar la mítica ciudad en el mapa. Si tocamos el tema del exilio habría que presentar algunos otros destierros y no únicamente las expulsiones de católicos en el siglo XVII conocidos por moriscos. Cuando el asunto es el desierto, debemos desandar las rutas que dibujaron las caravanas y enlazar dos extremos, la península ibérica y África tropical subsahariana, a lo largo de unas casi eternas relaciones comerciales y culturales. Al fin, si quisiéramos hablar del ser humano deberíamos comenzar siempre en África. Tenemos cientos de lagunas que rellenar en el marasmo de nuestra educación para enfrentar este largo trayecto histórico engarzado en la ruta que liga el Tajo al Níger. Me propuse, por tanto, transmitir no solo la historia de la biblioteca de Tombuctú sino ofrecer una visión de conjunto con la suficiente información, española y africana, necesaria a mi juicio para comprender su significado en nuestros días, presentando un marco histórico que pudiese colmar, siempre hasta cierto punto, la necesidad de conocer la verdadera historia compartida entre íberos y sudaneses.

Para llevar a cabo este ambicioso proyecto me afané durante ocho años en horadar los compartimentos estancos que imponen las diferentes disciplinas con que abordamos el conocimiento del mundo que nos rodea. Esas asignaturas conformaron la metodología y el mensaje utilizado para diseñar nuestra formación escolar por medio de un sistema de parcelación del saber y unificación reducida del conocimiento de los niños del mundo, de norte a sur y de este a oeste. Con la aceptación del texto sagrado y el discurso simplificado de la divinidad única perdimos la comprensión holística de la naturaleza, la lucidez con que aseguramos durante milenios la sacralización de cuanto nos rodea, instalándonos finalmente en un círculo de iguales ecológicamente destructivo en el que, como decían los animales de Orwell, unos son más iguales que otros. Tuve, por tanto, que drenar canales por donde fluyeran y encontraran salida las muy diversas materias que surgieron a lo largo de

mis lecturas. El resultado fue inesperado: por enésima vez trastiqué mi comprensión global del mundo y la Historia, consciente, con Américo Castro, de que “la interpretación del pasado depende de las ideas y prejuicios de quienes lo observan”. A consecuencia de la ruta emprendida por un toledano con sus manuscritos a finales del siglo XV —como toda ruta con dos extremos—, no tuve suficiente con entrar en la historia del continente negro sino que afronté una relectura del pasado de mi propia tierra alterando por completo mis ideas sobre la naturaleza histórica de lo que llamamos España, donde nací. Por tanto no persigo la originalidad, declaro, ni huyo de la subjetividad sino que ofrezco una lectura personal que afecta a los dos extremos del sendero mencionado.

Poco más habría que incluir en la introducción como no sean algunas someras precisiones acerca de la transcripción de lenguas. No se nos escapa que los tiempos y territorios por donde nos moveremos pertenecen a tradiciones culturales diferentes a la que proporciona el vehículo del castellano que utilizo. El árabe y media docena de lenguas africanas bastarían para desvelar esta historia si no fuera por llevar el continente africano el peso de la cultura anglófona y francófona. No únicamente porque España dominó sobre limitados territorios africanos, sino por un olvido histórico casi generalizado de cinco siglos, la mayoría de los textos que hoy nos introducen en el continente se leen en la lengua de los principales colonizadores, salvo honrosas excepciones. Por consiguiente, tanto por la escasez de monografías en castellano como por la ignorancia generalizada, parece apropiado este trabajo divulgativo. En cuanto a la transcripción del árabe he preferido siempre castellanizar nombres y topónimos siguiendo un sistema simplificado que facilita la lectura y la identificación en la tradición española. Así, por ejemplo, elijo Tremeccén en vez de Tlemcem o Tilimsen, Arcila por Assilah, Wadán por Ouadane, Abderramán por Abd Ar-Rahman, y Alcazarquivir en sustitución del quizás más apropiado Al-Qasr Al-Kabir. Para las muy diversas lenguas africanas he seguido una pauta similar, adaptando generalmente del francés por ser la lengua que nos transcribe el nombre de ciudades y personas en África Occidental. En algunos casos, cuando la tradición escrita ha fijado un nombre, prefiero respetarlo. Es el caso de Sundiata Keita, djoola y Djenné. En otras ocasiones, cuando la literatura y páginas web de turismo han castellanizado, opto por respetar la transcripción como en el caso de Yingerey Ber y no Djingerey Ber, y adapto con libertad cuando no encuentro realizada la transformación, como en Gúmbu y no Goumbou, Abawoi y no Abawoye. Con respecto a la pronunciación de lenguas africanas, el hablante castellano encuentra principalmente dos problemas fonéticos: las palabras que muestran los sonidos “nd” y “nk”, como Ndour y Nkrumah, y las que encontramos escritas incluyendo “*dja, dia*”, “*dje, die*”, “*djo, dio*”, u otras formas de escribir los fonemas “*ya, ye, yo*”. En el primer caso no debemos pronunciar “*nodur*” ni “*nokruma*”, sino entender que una consonante precedida de n se asemeja a la pronunciación de, por ejemplo, *endosar*, cuando omitimos con énfasis la pronunciación de la e. Ndour, por lo tanto, se asemejaría a “*endur*” sin insistir en la e. El segundo caso resulta algo más simple, como queda de manifiesto cuando opto por la castellanización de vocablos no prefijados en la literatura al uso. Las palabras que incluyen una d acompañada de las dos posibilidades dj, di, seguida de vocal, se pronuncian simplemente como nuestra y griega consonante seguida de la vocal. Así, djoola es en realidad muy parecido a “*yola*”, Diatta es más parecido a “*Yata*”, Djingerey puede escribirse Yingerey, Niamei se escucha entre Ñamei y Yamei, y la *nisba* paterna del actual propietario de Fondo Kati, Diadié, suena allí parecido a “*yayé*”. La transcripción de nombres fijados por los ingleses resulta más habitual. En castellano preferimos Zimbabue en vez de Zimbabwe, Suahili en vez de Swahili, y por tanto escribo del portugués Kiloa mejor que el prefijado Kilwa.

Resulta necesario aclarar también la cuestión de la autoría en las traducciones. Profusamente podremos encontrar a lo largo del trabajo la reproducción de citas más o menos extensas procedentes tanto de textos de investigación y narrativos como de obras de

la literatura clásica latina, griega, árabe, castellana, francesa, inglesa, incluyendo la tradición historiográfica española. Tal abundancia no es sino pura y simple complacencia, pues siempre consideré la lectura de textos antiguos y originales como el mayor placer que podremos encontrar al abrir un libro. Incluyendo estos largos párrafos conseguimos acercar las fuentes y reflejar una gran diversidad de miradas sobre los hechos del pasado. Nada más apropiado para formarnos una idea correcta de la evolución en la lectura de la Historia como examinar en directo la palabra de quienes la redactaron. Con independencia de la lengua utilizada para escribir el original, la cita siempre aparece en castellano. Puede darse el caso de que el autor de quien la copio la haya tomado de otra lengua para traducir al castellano y por lo tanto debe serle adjudicada, o tal vez me atreva a traducirla de la lengua en que la encontré. En ambos casos, la única forma de averiguar la autoría de la traducción será recurrir de nuevo a la bibliografía. Evidentemente, puesto que siempre menciono la obra con la que trabajo en la lengua de publicación, si el título asociado al autor aparece en una lengua distinta al castellano me haré responsable de la traducción. Cada excepción de estas posibilidades aparecerá en el texto.

Para terminar, en el capítulo de agradecimientos no quisiera incurrir en el olvido. Este trabajo no se hubiera podido realizar, como más tarde se verá, sin la ayuda y estrecha colaboración de Ismael Diadié Haidara y Rocío Ros, pues sin el primero no hubiera podido proporcionar ligazón a una saga de doce siglos que le incluye y sin el repaso y las sugerencias literarias siempre acertadas de la segunda no hubiera conseguido despejar un texto que de otra forma sería espeso y farragoso. Ha resultado igualmente necesaria la corrección tipográfica de Laura Rodríguez Peso. Quisiera igualmente reconocer la colaboración de Manuel Navarro, Pedro Molina Temboury y especialmente de Javier Alonso López, Fanny de Carranza Sell y Fernando Wulff Alonso; cada uno cumplió un papel de forma involuntaria y desinteresada. Con el apoyo de todos espero tan solo agradar e instruir al lector no especializado, lo que no es poco, y poner la zancadilla al anunciado choque de civilizaciones a través del conocimiento del otro, el mestizaje y la continuidad histórica.

Cuando, después de toparme con la historia de la biblioteca, conocí al propietario de Fondo Kati me propuse aportar un pequeño grano de arena en favor de la conservación de los manuscritos por medio de la composición del libro que ahora presento. Durante aquellos lejanos años asistimos con abierto optimismo a la construcción del edificio biblioteca en Tombuctú, la inauguración de exposiciones, la emisión de reportajes y la publicación de monografías; hechos que en definitiva otorgaron gran difusión al fondo. Durante un breve periodo todos creímos que la supervivencia de familia y biblioteca podría quedar garantizada. Sin embargo, para desengaño de los implicados, la singular colección y la población de Tombuctú sufrieron hace poco la guerra y en la actualidad se recuperan tras la amenaza de la intolerancia. Pero incluso, para mayor desasosiego, el hecho de que la destrucción de monumentos y la pira de manuscritos hayan coincidido con el recorte presupuestario y social más grave ocurrido en España ha contribuido al olvido de las administraciones. Nadie, actualmente, se ha preocupado por los documentos incluso después de haber conocido la denuncia de la Unesco sobre el patrimonio amenazado en el desierto. Hoy, de nuevo, todo está en el aire.

Málaga, Octubre 2013